

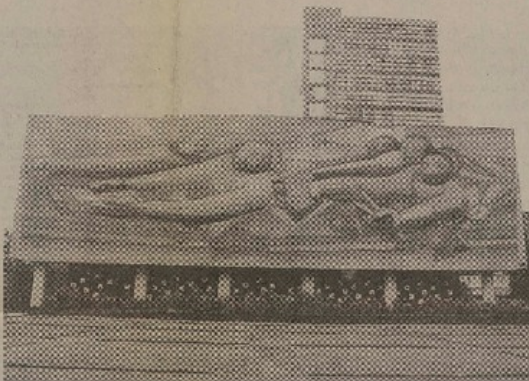


RCO 254 118
EL MERCURIO • L I T E R A T U R A •
765 391

Palabras para un Premio

Con un discurso en el que recuerda el rol que tuvo en su formación la Universidad Autónoma de México, Alejandro Rossi agradeció la entrega del Premio Nacional de Lingüística y Literatura 1999.

Por Alejandro Rossi



Hay una gran perpendicular ante la situación de la Unam: un problema que al comienzo parece relativamente menor, se ha convertido en una gran cascada.

Lo primero que debo hacer es agradecer que me hayan concedido el Premio Nacional y declaro de inmediato, de la manera más llana que estoy escuchando, innegable que todos los premiados compartan esta alegría. Yo lo acepto con profunda gratitud, lo acepto con plena conciencia de lo que vale y no haré al menos equivocarme de falsa humildad ni ridículos cacareos acerca de los dotes que, siempre distantes en sus circunstancias, al fin me han hecho justicia. No, no, les aseguro que no es así.

El mundo es más serio y más amplio. Se trata de que el Estado y el gobierno piensen que determinadas actividades son dignas de estímulo. Los premios individuales son el resultado final de una larga serie de apoyos. En efecto, conceder premios a haber colaborado en la creación de condiciones propicias para cultivar esas habilidades y disciplinas sería un simulacro. Sabemos que no es el caso. El secretario reconocer —aunque algunos tiendan a borrar— que el Estado ha sido el más importante promotor de las Artes y las Ciencias en México. La presencia es sobre campus de las facetas académicas privadas —indispensable en una cultura balanceada y democrática— es relativamente reciente. Recibo, pues, este premio después de haberme beneficiado de una serie de facilidades cuyo origen está en la decisión cultural del Estado mexicano. Llegó a México en edad universitaria y en la Universidad Nacional Autónoma de México me he quedado la vida entera. Ha sido el ancla y el refugio, un territorio —hoy malamente expugnado— que me lo dio todo: los maestros, los amigos y el trabajo. Temor a ella, pero también hay otras instituciones: el Colegio de México, Alfonso Reyes, uno de muchos maestros, tuvo la carisma de concederme una beca —y ahora, en estos años mayores, el famoso Colegio Nacional me abrió la casa de Durruti. No digo, pues, quejarse, si acaso sorprenderme de que el muchacho que llegó a México a principios de 1951, sin conocer a nadie, esté hoy aquí. El Premio Nacional crea la ilusión de que algo hicieron y tal vez sea sólo el regalo mayor, pues rebaja un poco la sensación de nada que me nunca me ha dejado.

El escritor mexicano

No abrí el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, una institución que ha resultado útilísima para la vida literaria de México. Fue una apuesta audaz: una suerte de mecanismo responsable ejercido con impecable respeto artístico y sin una pizca de intervencionismo en nuestras actividades. La variedad política de todos nosotros y la diversidad de nuestras conductas públicas es la mejor prueba de ello. Suponer la con-

tinuación me parece injusto con los artistas y también con los funcionarios culturales. Jugar una imposibilidad el trato bancario y libre que el Estado es, en el momento actual, un fanatismo injustificado. La literatura mexicana, además lo seguirá, ha guardado, en esta última década, de una creíble vitalidad y, por cierto, no es nada apática en la crítica social o política. El primer apoyo hubiera podido, es verdad, salir mal, lo cual simplemente habla de la fallibilidad de los actos humanos, no de una objeción de principio. Las cosas han salido notablemente bien y esto es insoportable para algunos observadores que, con fea arrogancia, nos califican casi de siervos del poder. México es, para ellos, un enigma incomprensible, cuyas saliencias, si las hay, lejos de alegrarlos nos indignan. La reacción clásica del dogmatismo cuando la realidad no lo obedece. El escritor, sin embargo, debe estar alerta. No sólo ante los peligros de un autoritarismo decarnado. Pienso, más bien, en otro asunto en que un escritor, si algo importa, no presencia una versión del mundo que, por definición, es singular y único, lo cual no es lo mismo, por supuesto, que un invariable letraje privado. La vida pública y política, en cambio, está obligada —a riesgo de ser el niño de un diseñador— a moverse entre coincidencias y unanimidades. Son dos maneras dis-

tintas de comportarse con el mundo y reflejar, me parece, diferencias más radicales y permanentes que las oposiciones y luchas ideológicas. El destino de un escritor es caminar más o menos solo y su trabajo es en su cuarto, no en las cenas bravas donde se trama la política.

El destino de un escritor es caminar más o menos solo y su trabajo es en su cuarto, no en las cenas bravas donde se trama la política.

Es más fácil decirle que no a un gobierno enemigo que a uno amigo. En estas fechas, diciembre de 1999, no me es posible hablar en público y sostener el tema de la universidad Nacional Autónoma de México. Hay una gran perpendicular ante la situación de la Unam: un problema que al comienzo parece relativamente menor, se ha convertido en una gran cascada.

Res religiosos. Estos problemas, estoy convencido, se han encadenado por el exagerado tamaño de la universidad y por la falta de homogeneidad en su población. Varias universidades, legítimas todas pero de propósitos distintos, conviven en una sola. No me cabe la menor duda de que la universidad reclama una nueva y original distribución de sus partes. Más aún: debemos volver a pensar los conceptos básicos de la universidad. La urgencia de un cambio no debe ser causa de ingratia. No es tiempo de litigios ni de rasgar las vestiduras como si la universidad fuese una diosa mancillada. Tampoco es el momento de ahogarse en reflexiones melancólicas sobre la condición humana. Me parece, por el contrario, que es una tarea formidable y que para los universitarios es una oportunidad histórica extraordinaria, no una cruz que deban cargar entre suspiros y lamentos. Hay que estar a la altura. Lo apremiante es encontrar una zona de pensamiento que nos permita razonar en común sobre la universidad. No es fácil, es probablemente muy complicado. El pensamiento, lo sabemos, está contaminado de historia, aunque también es verdad que pensar es ser consciente de esas condicionamientos: pensar es intentar que no nos devoren las pasiones políticas, las hipotecas ideológicas o las catástrofes de los bandos y partidos. Hay que buscar ese zona de luz. Nos conviene ser optimistas, si por ello entendemos no una complacencia interior o la confianza boba en un destino benéfico, el optimismo es la decisión de hacer algo. Optimismo es creer que podemos alterar las circunstancias. Es creer en el tiempo histórico, es aceptar la dimensión de futuro. Hay riesgo, claro, hay incertidumbre, pero así es la índole de las empresas que se proponen inventar la realidad, la política, la social, la cultural. Crear algo es una aventura por esencia desaparrada, sin garantías. Cuando nos decidimos, se abre el espacio de la libertad. La libertad es la que nos permite romper con los destinos heredados. Ejercerla es entrar en el territorio del desamparo, la raíz de la creatividad.

Hace años, hace muchos años, en una casa de la Ciudad de México, Rosendo Gallardo me preguntó si conocía yo algún escritor nuevo que él debería leer. Le respondí, sin titubear, que sí: había un nuevo libro. El Llano es Llano y su autor era Juan Rulfo. Lo agité en una libreta y murmuré: "mañana se lo pido a Otilia". Es un ejemplo de literatura en movimiento, de tradición que se encuentran, de evolución de la palabra. De eso se trata: diseminar la palabra. Eso es la literatura, semilla para un bino. **AR**

Palabras para un Premio [artículo] Alejandro Rossi.

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Ibacache, Javier

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Palabras para un Premio [artículo] Alejandro Rossi.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile